



Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Grado en Relaciones
Internacionales

Trabajo Fin de Grado

La influencia del Orientalismo en las sociedades occidentales, y su resultado en el ejercicio de la política de seguridad de Occidente en Oriente Medio.

Estudiante: Lara Sass Cifuentes

Director: Sonia Alda Mejías

Madrid, Mayo 2023

ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	4
2. HIPÓTESIS Y OBJETIVOS	5
3. ESTADO DE LA CUESTIÓN	6
3.1. ISLAMOFOBIA – LA NUEVA FORMA DE EXPRESIÓN DEL ORIENTALISMO	6
3.2. DEBATES EN MATERIA DE POLÍTICA DE SEGURIDAD – CASO DE TURQUÍA Y LA UE	9
3. METODOLOGÍA	12
4. MARCO TEÓRICO	12
4.1. ¿QUÉ ENTENDEMOS EXACTAMENTE POR ORIENTALISMO?.....	13
4.2. ORIGEN DE LA CUESTIÓN: DESDE EL NACIMIENTO DEL ESTADO-NACIÓN HASTA EL S. XX.	14
4.3. CONSTRUCTIVISMO.....	16
4.4. TEORÍA DE LA IDENTIDAD SOCIAL	17
4.5. LA TEORÍA DEL <i>SOFT</i> VS. <i>HARD POWER</i>	18
5. ANÁLISIS Y DISCUSIÓN	19
5.1 INTEGRACIÓN DE ESTEREOTIPOS MUSULMANES EN LA SOCIEDAD OCCIDENTAL 19	
5.2. TRANSFORMACIÓN DE LAS POLÍTICAS DE SEGURIDAD DE OCCIDENTE TRAS EL 11-S	25
5.3. LA NUEVA POLÍTICA DE SEGURIDAD DE OCCIDENTE HACIA ORIENTE MEDIO – EL “ <i>SOFT POWER</i> ” EN EL FOCO	31
6. CONCLUSIONES	32
7. BIBLIOGRAFÍA	35

RESUMEN

El presente trabajo de fin de grado tiene como objetivo analizar la influencia del Orientalismo en las actuaciones de los estados occidentales con sus vecinos de Oriente Medio y los habitantes procedentes de esta región que habitan en sus territorios. La existencia de estereotipos hacia los musulmanes, y la generalización de la islamofobia a raíz de los ataques del 11-S, ha supuesto un giro en la política de seguridad hacia los estados de la región. El objetivo será explicar cómo Estados Unidos y sus aliados, han cambiado la dinámica, y empleado su influencia en la Comunidad Internacional, para extender unos prejuicios que justifiquen sus acciones. Se presentarán los resultados de estas acciones, tanto sobre los estados, como sobre los habitantes musulmanes en Occidente, así como los retos a los que se enfrentarán en los próximos años.

Palabras clave: Orientalismo, estereotipos, constructivismo, terrorismo, política de seguridad.

ABSTRACT

The aim of this thesis is to analyze the influence of Orientalism in the actions of Western states towards their neighbors in the Middle East and the inhabitants of this region living in their territories. The existence of stereotypes towards Muslims, and the generalization of Islamophobia in the wake of the 9/11 attacks, has led to a shift in security policy towards the states of the region. The objective will be to explain how the United States and its allies have changed the dynamics and used their influence in the International Community to spread prejudices that justify their actions. The results of these actions on both states and Muslim inhabitants in the West will be presented, as well as the challenges they will face in the coming years.

Keywords: Orientalism, stereotypes, constructivism, terrorism, security policy.

1. Introducción

Las sociedades modernas han evolucionado hacia un punto en el que el estado-nación, ya no es relevante, o al menos no tanto como lo era antes. En palabras resumidas de Samuel Huntington en su obra "*Clash of Civilizations*" de 1993, los conflictos mundiales del nuevo siglo tienen lugar entre distintas civilizaciones, no entre estados como estábamos acostumbrados a ver durante siglos (Huntington, 1993). Si la guerra fría nos enseñó algo, es el hecho de que el poder de la influencia lo es todo, y si EE. UU. salió triunfante, no fue solo por la dominancia militar y política, sino especialmente por su superioridad cultural, o al menos por cómo logró vendernos su relato.

El presente trabajo tomó como inspiración el conflicto bipolar, y lo llevó a una realidad más cercana, el conflicto cultural entre Occidente y Oriente Medio. La existencia de la teoría conocida como Orientalismo, desarrollada por el autor Edward Said (1978), explica la existencia de una dicotomía entre el "nosotros" y "ellos". El mundo árabe/musulmán es concebido como un ente homogéneo y amenazante, atrasado y retrógrado, que no tiene cabida en un occidente moderno, laico y progresista. El relato continuo, contado durante años, ha derivado en estereotipos hacia la población musulmana, que han calado hondo entre los ciudadanos de occidente.

El ataque terrorista el 11 de septiembre de 2001, marcó un cambio universal en la política de seguridad de EE. UU. y sus aliados. La seguridad nacional y los valores occidentales habían sido debilitados por la cultura enemiga. Tras años enfrentándose a la "guerra contra el terror", parece que hemos encontrado un nuevo camino, uno basado en el diálogo y las alianzas, pero cuyo éxito aún no ha sido demostrado.

Los habitantes musulmanes en Europa y en occidente en general, no dejan de crecer, y traen con ellos su cultura y sus valores. La cuestión es ¿seremos capaces de asimilarlos, o estamos condenados a un eterno choque entre civilizaciones vecinas?

2. Hipótesis y objetivos

La hipótesis de este trabajo de investigación es que efectivamente existe un sesgo discriminatorio hacia el mundo árabe a la hora de ejercer la política de seguridad de Occidente.

Partimos de la creencia de que efectivamente nuestra visión particular sobre los países árabes y sus ciudadanos tiene un cierto enfoque discriminatorio, que guía nuestra forma de ejercer la política de seguridad en esta región. El objetivo principal será probar que lo que Edward Said denominó Orientalismo, realmente es un fenómeno actual que es transversal a todas las áreas de nuestra sociedad, y que, por ello, ejerce un punto de inflexión importante en la política de seguridad de occidente.

Los estados defienden sus soberanías y actúan acorde a un cierto pasado histórico, y a la relación, no solo política, sino también cultural que poseen con el resto de los actores de la sociedad internacional. Nuestros miedos, costumbres, similitudes y diferencias son todos factores influyentes en la defensa de nuestros territorios. No es en vano, que nacen las organizaciones internacionales regionales, véase el caso de la Unión Europea, conformada única y exclusivamente por países de la zona y con un pasado histórico y una cultura ciertamente similar. A pesar de los grandes avances que predicamos en materia de inclusión y aceptación de todo tipo de culturas, religiones y creencias, la realidad es distinta, y esto no ha de verse como algo fuera de lo común, sino precisamente como una característica cultural del ser humano, que tiende a relacionarse con quienes más afines son a uno mismo.

Los objetivos concretos que tratarán de alcanzarse serán, en primer lugar: probar la visión Orientalista de la política de seguridad occidental, en el caso de estudio más cercano a nuestra realidad: La entrada de Turquía en organismos occidentales como la Unión Europea y su controversia con la OTAN. Otro objetivo específico será entender la creación y el origen de los estereotipos, para así poder analizar cómo afectaron a la población musulmana en Occidente tras los ataques del 11-S.

3. Estado de la cuestión

El Orientalismo no es una cuestión del pasado, y mucho menos puede quedar como una teoría lejana en la sociedad actual. A pesar de vivir en un mundo globalizado, donde las fronteras se han difuminado, y numerosos conceptos que antes eran empleados indistintamente hoy se tratan como tabú, no podemos negar que sigue habiendo una clara división, que quizás no tenga tanto que ver con una frontera física, sino cultural e ideológica (Cervera, 2010).

A finales del siglo XX, existía una polarización entre americanos y soviéticos, a día de hoy, el foco ha cambiado de rumbo, y occidente está centrada en un “enemigo” más cercano, cuyos valores chocan con la modernidad, y por ende no pueden ser asimilados en las culturas desarrolladas de Europa y sus aliados.

La creación de un Occidente laico, donde la dimensión espiritual carece de relevancia, y predomina el materialismo e individualismo, contrasta con un Oriente arraigado a las estructuras sociales tradicionales y donde la religión juega un papel relevante también en la esfera pública. Si en el siglo XX la guerra fría dominaba el “choque de civilizaciones”, a día de hoy este es aún más evidente, porque las características económicas no son las causantes del conflicto, sino que lo son las culturales, cuyo arraigo es más prolongado en el tiempo (Cervera, 2010).

El discurso occidental es unánime, y entiende que el mundo árabe y el islam van de la mano, y que existen como una entidad única e indivisible. Se generaliza la cultura árabe exclusivamente hacia la religión musulmana, olvidando la heterogeneidad existente dentro de ella. Este es precisamente el primer paso hacia el choque entre la civilización occidental y oriental, y el determinante de la actual islamofobia.

3.1. Islamofobia – la nueva forma de expresión del Orientalismo

En los últimos años, ha cobrado cada vez más relevancia el término islamofobia, en referencia al rechazo hacia los practicantes del islam, aunque extendido en general a toda la comunidad árabe. Partimos del Orientalismo para definir la islamofobia, porque

ambos confluyen en su rechazo hacia los “otros”, sus valores, creencias y formas de organización social y política.

La islamofobia es quizá más concreta, dado que engloba a una comunidad entera y la rechaza por su religión, sin importar el lugar del mundo en el que se encuentren. Se crea una vez más una burbuja homogénea que no diferencia entre practicantes y sus variantes, y ni siquiera entre si son creyentes o no. Al igual que el judío es considerado como tal sin importar si practica el judaísmo o no, la islamofobia en cierta forma categoriza a toda persona con rasgos árabes o similares como musulmán, y promueve un miedo y rechazo hacia el mismo (Godino, 2021).

La creciente relevancia de este concepto hace que a día de hoy se encuentre en el vocabulario de todos. La creencia de que el islam es una religión radical, irracional y sexista ha sido la versión más extendida en el mundo occidental, y no sin justificación alguna, sino porque los acontecimientos violentos que se han producido por parte de islamistas radicales han justificado la aparición de este miedo, y lo han alimentado durante décadas.

No se puede negar que el terror ha jugado un papel fundamental en la extensión de la islamofobia, y con razón. Sin embargo, este miedo también ha jugado a favor de los gobiernos. En palabras de Prado (2009), la islamofobia “genera consentimiento respecto a actuaciones militares (a nivel global) y policiales/judiciales (a nivel local) que en una situación normal no serían aceptadas” (citado en Godino, 2021, p. 37). En Europa, siempre han existido miedos hacia las culturas “invasoras”, esto ha quedado probado a lo largo de la historia del continente, sin irnos más lejos, veamos el caso de España y la Reconquista. A día de hoy, la situación es distinta, Europa predica sus valores como continente liberal y abierto a todo tipo de religiones y culturas, y la realidad es que en comparación con el resto del mundo sí lo es. Sin embargo, el miedo se reactiva ante las situaciones de peligro, es por ello por lo que la islamofobia encubierta reaparece cuando se producen atentados a manos de unos cuantos que dicen luchar en el nombre de Alá (Gómez, 2013).

La islamofobia se ha nutrido además de los existentes estereotipos y prejuicios hacia los musulmanes. Partiendo de la definición de estereotipo como “conjunto de

creencias compartidas sobre las características personales, generalmente rasgos de personalidad, pero también los comportamientos de un grupo de personas” (Leyens et al., 1994, citado en Fernández, 2005, p. 186), podemos entender los prejuicios que surgen hacia los mismos. Desde la perspectiva euro centrista que considera el antiguo continente como cuna de sabiduría, progreso y democracia, la religión islámica que reflejan los grupos radicales demuestra todo lo contrario.

El retorno del islam, o reislamización, como puede llamarse también, se ha producido en las últimas décadas, dado que anteriormente, era poco común. Las grandes comunidades turcas en Alemania, argelinas en Francia y marroquíes en España, han generado un choque con los valores anteriormente expuestos. El hecho de que estos importen su religión y sus valores es lo que genera el principal problema para el país de acogida, dado que se da por hecho que el extranjero asimile la nueva cultura en la que se integra, pero esto no ha sido así.

La religión ha perdido relevancia en la gran mayoría de estados europeos, de hecho, Europa occidental puede ser considerada como una de las regiones más laicas del mundo (Pew Research Center, 2018). Existen contrastes importantes entre países. Por ejemplo, Países Bajos, posee un 45% de población que se identifica como “no religiosa”, mientras que en la región sur (España e Italia mayoritariamente) y en Irlanda, tan solo un 15% se identifica como tal (Pew Research Center, 2018). No obstante, a pesar de aparentar haberse perdido el vínculo religioso, el estudio demostró, que incluso aquellos creyentes no practicantes, consideraban que el cristianismo es la raíz de la cultura europea, y rechazan, o consideran inferior a otras religiones. No es lo mismo hablar de aceptación, que de integración. En la investigación realizada por Pew Research Center (2018), la gran mayoría de encuestados decían aceptar a sus vecinos judíos o musulmanes, pero, por el contrario, no los consideraban como europeos en sus raíces.

La creación de una Europa laica, es más una utopía que una realidad, porque como es de entender, todo pueblo tiene sus raíces en ciertos valores culturales y religiosos, y en el caso de Europa, son los cristianos, y esto es un hecho que ha de ser aceptado, al igual que el islam es el sustento de la gran mayoría de estados de Oriente Medio. Si bien es cierto, que el mundo occidental ha avanzado hacia un lugar en el que la religión cristiana no es más que una característica de una persona, y no toda su identidad, no ha logrado

hacer lo mismo con el islam. Pongamos el ejemplo de Francia, donde el laicismo es predicado como uno de los grandes valores de la nación. Allí donde los atuendos como el Hiyab no son permitidos en las escuelas, por atentar contra este principio. Es en este ejemplo en el que se demuestra que si bien todas las religiones son legalmente “bienvenidas”, en la práctica, unas son consideradas superiores a otras (Gómez, 2013).

La imposición de una prenda que cubre el rostro de las mujeres es entendido como un atentado contra la libertad de las mismas. Europa, u Occidente en general, actúa como defensor del feminismo y libertador de las mujeres que se encuentran bajo el yugo represor del islam, cuando en ocasiones, esto puede ser interpretado como una actitud paternalista (Gómez, 2013). Grosfoguel (2012), habla en su artículo *Las múltiples facetas de la islamofobia*, sobre la relación directa entre esta, y el orientalismo. Los cristianos conservadores relacionan constantemente el islam y el feminismo, de hecho, Bush justificó la entrada de EE. UU. en Afganistán, en la necesidad de liberar a las mujeres islámicas de las barbaries de los hombres árabes. Y si bien es cierto que bajo el dominio islamista, la mujer no es más que un ciudadano de segundo orden, el error que cometemos es incluir en el mismo círculo a islamistas y musulmanes, y acusar a todos ellos de menospreciar el sexo femenino en favor del masculino. Cuando las acciones se tratan de justificar con la liberación de la mujer bajo un régimen patriarcal, la imagen que se da, y su resultado, es que esa mujer es inferior, por pertenecer a una cultura que no la deja vestirse como a una mujer occidental (Grosfoguel, 2012).

Para cerrar este debate, podemos concluir con la idea de que la islamofobia es la nueva forma de Orientalismo epistémico que nace en el seno de las sociedades occidentales modernas. La creación del “nosotros”, y el “ellos”, data siglos atrás, si bien las nuevas formas de organización de los estados, y la asunción internacional de los valores occidentales como los verdaderos, han derivado en una actitud paternalista sobre toda cultura que no se considera amiga, o ni siquiera vecina de la Europea.

3.2. Debates en materia de política de seguridad – Caso de Turquía y la UE

Para ejemplificar el debate existente en torno a la aplicación de las teorías orientalistas en las RR. II, y a la creciente islamofobia en el continente europeo, se analiza a continuación la compleja relación existente entre Turquía y la UE.

Conflictos con la Unión Europea

Turquía es un estado que cuya situación es privilegiada, a la vez que complicada en lo que se refiere a la relación con sus vecinos occidentales y orientales. Se encuentra precisamente en la frontera entre ambos, y es por ello por lo que debe velar por sus intereses considerando a cuál de los mundos prefiere pertenecer.

Turquía no es un pueblo árabe, y ese es el primer punto de diferencia que debemos enfatizar. Si bien la gran mayoría de su población es musulmana y predica los valores de la religión, la etnia a la que pertenecen es la turca. Su idioma es el turco, y sus raíces culturales, si bien similares, no son árabes. Los occidentales, tendemos a relacionar árabe con musulmán, y es difícil a veces hacer entender que no todo árabe es musulmán y viceversa.

La Unión Europea, cuyo lema es “Unida en la Diversidad”, tiene una forma curiosa de demostrarlo. El objetivo principal de la UE es lograr fomentar la identidad común de los pueblos europeos, que tiene su origen en las raíces culturales que lo unen. Es en este preciso momento en el que surge la duda sobre si Turquía puede considerarse como un pueblo europeo ancestral o no (Serrano y Navarrete, 2011).

El tema de la posible adhesión de Turquía, no es un fenómeno del siglo XXI, sino que viene siendo una cuestión desde finales de la Segunda Guerra Mundial. En 1949, el Estado turco pasó a formar parte del Consejo de Europa, en apoyo a las democracias, y en contra de los regímenes socialistas totalitarios (Serrano y Navarrete, 2011), asimismo, forma parte también de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE en adelante). Fue a partir de la firma de los primeros tratados de la UE, séase el de Roma (1957), en el que surgieron los sentimientos de querer pertenecer a esta institución supranacional. Si bien la propuesta fue rechazada, se firmó en su lugar un acuerdo de asociación, el llamado Acuerdo de Ankara, cuyos objetivos eran exclusivamente económicos, pero se dejaba un margen para que una vez alcanzados ciertos criterios, pudiese ingresar en la Comunidad Económica Europea por aquel entonces, a día de hoy la UE (Serrano y Navarrete, 2011).

Turquía, sigue sin estar cerca de ser miembro de la Unión Europea, es más, en este preciso momento está más lejos que nunca de llegar a serlo. La UE es una organización abierta, en el sentido, de que permite la adhesión de nuevos estados, siempre y cuando cumplan ciertos requisitos económicos, políticos, y en este caso los que más nos interesan sociales. Si bien en ningún artículo se exige explícitamente la confesionalidad a una cierta religión, porque por supuesto se trata de una organización laica, las raíces cristianas comunes que unifican a todos los miembros actuales, los diferencian profundamente de su vecino turco.

Los retos que rodean la adhesión de Turquía, siguen siendo los mismos que hace 50 años. Pese a sus incontables intentos de adhesión, todos ellos fueron rechazados. Pero en defensa de la UE, su compromiso con el país vecino siempre ha sido constante, otorgando apoyo y cooperación para que algún día puedan resolver las diferencias e incorporarse. El gran problema, que no puede solucionarse mediante apoyo económico ni político, son una vez más las diferencias culturales (Serrano y Navarrete, 2011).

Los partidos de centro-izquierda europeos, defienden la adhesión de Turquía, con el objetivo de fomentar la diversidad y la inclusión de todo tipo de culturas y religiones. Si bien, para los más escépticos, se aplica la idea formulada por Samuel Huntington del “choque de civilizaciones”, bajo la cual, dos culturas distintas no pueden convivir conjuntamente. El ingreso de Turquía, supondría la entrada en la UE de aproximadamente 80 millones de musulmanes, lo cual supondría la necesidad de una adaptación cultural sin precedentes hasta el momento, e incluso podría generar conflictos con estados vecinos del turco, como son Irán, Siria y otros de la región (Serrano y Navarrete, 2011).

No debemos olvidar, que Turquía es oficialmente un estado laico, al contrario que la mayoría de los estados de Oriente Medio, sin embargo, en los últimos años, la islamización del gobierno se ha intensificado, es precisamente desde la llegada de Erdoğan al poder desde 2014. El gobierno sigue supervisando todo aquello relacionado con la educación religiosa, los templos de culto y las instituciones islámicas. Turquía, pese a haber solicitado su adhesión mucho antes que otros países que actualmente son miembros como Hungría, Polonia, Estonia o Bulgaria, no ha logrado adherirse aún (Serrano y Navarrete, 2011).

Alemania, siendo el estado de Europa con mayor inmigración turca, ha sido el primero en manifestar su opinión contraria acerca de la adhesión turca a la Unión. Con el gran poder que alberga este estado en la Organización, es evidente, que, si este se opone, difícilmente seguirán adelante las negociaciones. La excanciller alemana, Angela Merkel, mostró su descontento con el nuevo rumbo que estaba tomando el estado vecino a raíz de la llegada de Erdoğan (Carrel, 2017).

Más de tres millones de alemanes son de origen turco y Berlín ha sido siempre un gran aliado de Ankara, sin embargo, el enfriamiento en los últimos años se ha hecho notar (Carrel, 2017). Todo ello supone un aumento en las tensiones con la Unión Europea, de la que Alemania es prácticamente líder implícito. Si bien la entrada de Turquía podría suponer grandes ventajas económicas y geopolíticas, las diferencias culturales y los problemas derivados de ese “choque”, excederían a los beneficios de su adhesión, algo que en el momento actual de desequilibrios que está viviendo la Unión no sería de ningún interés.

3. Metodología

El presente TFG se ha realizado basándonos en un análisis cualitativo de fuentes secundarias de primera calidad con el fin de asegurar la veracidad del contenido con el que se justifican las argumentaciones. Tras recabar la información precisa, se procedió a organizarla en los siete apartados siguientes, con sus correspondientes subapartados.

Partiremos con la introducción, en la que se especifica el motivo de elección del tema, así como un análisis general de lo que consistirá el trabajo. Después, la hipótesis de la que parte la investigación, y los objetivos que pretenden alcanzarse. El siguiente paso será el análisis y discusión del tema, que es el apartado de mayor extensión, para finalizar con unas conclusiones y cuestiones a futuro. Finalmente, en el apartado de bibliografía, aparecerán todas las fuentes empleadas citadas en el correspondiente formato APA.

4. Marco teórico

Para poder dar respuesta a la hipótesis planteada, deberemos familiarizarnos primeramente con una serie de conceptos, que son fundamentales para comprender de dónde viene nuestra visión, y qué nos ha llevado ejercer la política de seguridad de una

manera particular para la región de Oriente Medio. Es por ello por lo que definiremos qué es el Orientalismo, cuándo y dónde nace. Asimismo, trataremos teorías fundamentales de las relaciones internacionales, que nos ayudarán a contextualizar el conflicto, y lograr probar nuestra hipótesis.

4.1. ¿Qué entendemos exactamente por Orientalismo?

El concepto de Orientalismo nace a raíz de la obra con el mismo nombre del teórico palestino-estadounidense Edward Said (1978). La definición del propio autor sobre este concepto es: “un estilo de pensamiento que se basa en la distinción ontológica y epistemológica que se establece entre Oriente – y la mayor parte de veces- Occidente (p.2).

En lo referente a distinción ontológica, la idea del Orientalismo es que la civilización occidental es la que se considera dueña de la razón, de la moralidad y de lo que es comúnmente aceptado como correcto. En la misma línea, la distinción epistemológica entre ambas civilizaciones considera que el antiguo continente y el resto de los países pertenecientes a su órbita, son la fuente de conocimiento que ha de ser expandida a los “otros”. Esta última diferenciación entre “nosotros”, y los “otros”, es la consecuencia fundamental que trata de transmitir Said en su obra.

Partiendo de la propia raíz de la palabra, Orientalismo implica inequívocamente una localización geográfica concreta. Dado que occidente siempre se ha considerado a sí mismo como cuna de civilizaciones y fuente de sabiduría, la cartografía no podía ser menos. Tomando como referencia un mapamundi clásico, Europa aparecerá siempre en el centro del mismo, teniendo al continente americano a su izquierda, y a Asia y el mundo árabe a su derecha, es decir, en su lado oriental.

La extensión del término Oriente Medio o Próximo, ha sido comúnmente aceptada por el resto de la comunidad internacional (a partir de ahora CI). A pesar de parecer un debate simplista, que muchos consideran tan solo una denominación más. El poder de las palabras y el lenguaje ha demostrado en más de una ocasión el gran poder que puede llegar a adquirir. La distinción entre nosotros y ellos en dos conglomerados geográficamente diferenciados implica una dominancia de Occidente sobre Oriente,

generando unos estereotipos regionales monolíticos que influyen de gran manera en las relaciones internacionales y políticas de seguridad de los estados.

Edward Said va más allá de la definición básica del término, y considera tres concepciones sobre el mismo, de las cuales solo nos interesan dos para nuestro caso de estudio, que serán las que procedemos a describir.

- a. Primeramente, acentúa que existe una concepción errónea sobre que Oriente sea “esencialmente una idea o una creación sin una realidad correspondiente” (p.5). A lo que se refiere, es que Oriente no es una región sin fundamento que se nutra exclusivamente de los que los occidentales definen que es, sino que, por el contrario, cuenta con su propia historia. Largas generaciones de imperios han dominado el lado oriental del mapamundi, y su cultura ha tenido importantes influencias en occidente, aunque este último haya tratado de relegarlas.

La segunda concepción tiene relación con la primera, dado que Said (1978) puntualiza que: “las ideas, las culturas y las historias no se pueden entender ni estudiar seriamente sin al mismo tiempo considerar su fuerza, o para ser más precisas, sus configuraciones de poder” (p.5). Con esta afirmación el autor trata de hacer entender que quienes poseen el poder son capaces de modelar la historia a su antojo. No puede comprenderse la cultura occidental u oriental sin entender que la primera tiene la dominancia y el poder del relato sobre la segunda, de esta forma siempre podrá determinar qué decir a su favor y en su contra. Esta es quizás la concepción más relevante para nuestro análisis, dado que es la premisa de la que partimos para dar respuesta a la hipótesis.

4.2. Origen de la cuestión: desde el nacimiento del Estado-Nación hasta el s. XX.

Para contextualizar el origen del Orientalismo, y entender de dónde nace y cómo ha llegado hasta nuestra sociedad actual, deberemos remontarnos a finales del siglo XVII en Europa. Tras la Paz de Westfalia y la división del mapa europeo, se inició la formalización de los estados-nación, entendidos como entes de dominación del Estado sobre los individuos.

La organización social, política y económica está determinada por la estructura del estado, bien sea de manera republicana o monárquica. La delimitación de la vida pública y privada está bien definida, y permanecen como entes separados cuya interrelación debe entrar en conflicto. Desde los tiempos de los griegos se definió la organización *Oikos/Polis* y la conciencia de un ciudadano que participe activamente en la vida pública, independientemente de sus actuaciones en la esfera privada. La institucionalización progresiva de Occidente, consecuencia de los sistemas westfalianos, supuso la creación de un nexo irrompible entre estado y nación (Rodríguez, 2015).

La relevancia del nacimiento de los Estados-nación, es precisamente la connotación positiva que obtuvo para el pensamiento euro centrista, reflejado en tantos autores románticos de la época, especialmente Hegel, y empleado por futuros líderes y movimientos políticos. La relevancia de unificar la cultura y la estructura política y social bajo un solo ente es lo que diferencia el sistema de organización occidental del oriental. En Oriente Medio, la división entre esfera pública y privada no es tan clara, y su impulso hacia la democracia no ha sido más que impuesto por Occidente, dado que sus sistemas no tenían como fruto la unión entre estado y nación *per se* (Rodríguez, 2015).

Los sistemas de organización de Oriente Medio, considerados retrógrados en comparación con y por los occidentales, no son compatibles con la idea de progreso y democracia que tienen en mente estos últimos. Una vez más, el pensamiento euro centrista reúne todos sus esfuerzos en hacer ver la disparidad entre “nosotros” y “ellos”, sin llegar a la raíz de esas diferencias. Hegel, a quien ya hemos mencionado, es un firme defensor de los valores europeos. Bajo su concepción filosófica que describe al tiempo en forma de espiral (al contrario que el tiempo cíclico, como era considerado en la antigua Grecia), Europa es el único lugar en el que la humanidad puede alcanzar su máximo esplendor. El filósofo alemán del siglo XVIII sí considera que Oriente haya podido ser el punto de partida de la evolución, pero si bien tan solo es en Europa donde alcanza su consumación final (Ginzo, 2005).

Según Said (1978), el Orientalismo nace como concepto en la época de la Ilustración, donde ya grandes pensadores y políticos habían recalado la superioridad de la “raza” europea como ente monolítico sobre oriente. El discurso orientalista ha sido de gran relevancia desde el s. XVIII en adelante, especialmente, no solo por los intereses

materiales y políticos en la región, sino también como arma de justificación y adoctrinamiento cultural.

Finalizada la Primera Guerra Mundial, el proceso de descolonización y la formación del Estado de Israel en 1948 no hizo más que acentuar las ya existentes diferencias entre Occidente y Oriente. Ya no eran solo los estados europeos, sino que también Estados Unidos y la Rusia soviética decidieron aprovechar los recursos naturales que brinda la región para sus propios intereses. Todos los sucesos de la primera mitad del s. XX, han sido determinantes en la orientación política de los estados de Oriente Medio y su actuación hacia occidente hasta ahora, y seguirán siéndolo en el futuro próximo (Abu-warda, 2020).

4.3. Constructivismo

No nos es posible comprender por qué los actores de la CI actúan de la manera en que lo hacen, si no hacemos uso de esta teoría. El constructivismo no es una práctica tradicional de las relaciones internacionales, como lo han sido siempre el realismo o el liberalismo, centradas en los estados como actores fundamentales. Por el contrario, el constructivismo, da una gran importancia a las interacciones y las relaciones sociales que puede existir entre los distintos actores (Tah Ayala, 2018). Toma a estos últimos, más que como entes únicamente políticos, como entes personales, entendámoslo como si de una persona se tratase. Un estado está conformado por las personas que lo integran, y, por tanto, consta de una identidad y unas normas particulares, que lo diferencian de cualquier otro.

Las estructuras normativas que constituyen cada estado son más relevantes en cualquier caso que sus estructuras materiales. Compartir valores, creencias y culturas, se antepone en cualquier caso a los recursos físicos y materiales que tenga un país (Vitelli, 2014). Pongamos por ejemplo a la Unión Europea. Esta, nunca se plantaría atacar a Noruega, en cambio, probablemente sí lo haría si se tratase de cualquier país de la región magrebí, ¿por qué?, porque su nexo cultural es mucho mayor con el país nórdico, que, con Marruecos, o Egipto, por ejemplo.

El constructivismo nos permite entender a la perfección las identidades compartidas de Occidente, basadas en su historia y sus características culturales comunes, y cómo estas últimas difieren de las identidades y normas de los territorios de Oriente Medio (Tah Ayala, 2018). Las identidades, nunca son estáticas ni inmutables, sino que estas son adquiridas con el tiempo y basándose en determinados sucesos que influyen en ellas. Es por ello tan interesante considerar esta teoría para nuestra investigación, porque permite ver cuál ha sido la evolución en la política de seguridad en base a la creación progresiva de una identidad para el mundo árabe. Como ya partíamos diciendo cuando comentábamos la obra de Said (1978), la creación de dos mundos antagónicos culturalmente hablando, ha llevado a una confrontación constante en materia de política de seguridad.

4.4. Teoría de la Identidad Social

Partiendo del contexto general del constructivismo, podemos adentrarnos en una teoría más concreta, que nos ayudará a entender el porqué de las claras distinciones entre Occidente y Oriente.

La teoría de la Identidad Social desarrollada por Tajfel (1978, citado en Canto y Moral, 2005), explica que los individuos, buscan una identidad social al pertenecer a un determinado grupo. Entendemos grupo como una burbuja cerrada de la que solo se puede formar parte si se poseen unas características determinadas. Fuera de esta burbuja particular, se encuentra el exogrupo, del que forman parte todas aquellas personas que por distintos factores quedan excluidas.

Los seres humanos nos relacionamos en sociedad, y por ende en grupos, una persona es parte del grupo de una nación, una región, una localidad, y después a nivel particular, de una corriente política, una familia, etc. Así es posible agruparnos en torno a infinitas características. Las personas nos sentimos seguros y con determinación cuando formamos parte de una estructura mayor, y buscamos, por tanto, ser valorados y aceptados por la misma. Categorizamos las características de nuestro grupo como positivas, y la del exogrupo como negativas (Tajfel, 1978, citado en Canto y Moral, 2005).

Si aplicamos la teoría al caso del Orientalismo, se entiende que la división entre grupo y exogrupo se ha hecho en base a características sociales, culturales y políticas, que nos han distanciado unos de otros durante épocas, y que han ido forjando un aislamiento cada vez mayor entre ambos. No es posible entender la forma de actuación política de los gobiernos en materia de política de seguridad, sin comprender antes qué hay detrás de ellas.

Como explica el constructivismo, es nuestra identidad la que forja las normas, y estas las actuaciones que derivan de las mismas. La creación de un nosotros y un ellos, nos ayuda a justificar nuestras reglas, tomarlas como positivas, mientras que rechazamos las del otro (Tajfel, 1978, citado en Canto y Moral, 2005).

4.5. La teoría del *Soft vs. Hard power*

Merece por último ser mencionada dentro del marco teórico, la teoría del *soft power* desarrollada por el americano Joseph Nye en 1990, en plena Guerra Fría.

Lo que viene a decir esta teoría, y el motivo por el que es relevante en nuestro análisis, es precisamente porque nos ayuda a entender la legitimación de las políticas de seguridad y del sesgo existente en nuestra actuación con y hacia los países del mundo árabe. El *hard power* es más sencillo de entender, pues hace referencia a la fuerza material que tiene un estado para imponerse sobre otro, séase en capacidad armamentística (Nye, 1990).

Este enfoque es común entre los teóricos realistas de las relaciones internacionales, que entienden que los estados compiten entre sí constantemente para hacerse un hueco en la esfera global. Sin embargo, partiendo de la premisa de que creemos que el constructivismo es la teoría aplicable al caso de estudio, las normas e identidades forman un papel fundamental en moldear la evolución de la sociedad internacional. El *hard power* fue y sigue siendo relevante, especialmente a la hora de intimidar o evitar ataques materiales, pero en ningún caso es el único factor modelador de las relaciones entre estados (Nye, 1990).

El *soft power*, por el contrario, viene a significar poder blando, es decir, aquel que no puede medirse en capacidad armamentística, sino en las capacidades más subjetivas, por enunciarlo de una manera comprensible. Mientras que el *hard power* se centra en lo tangible, el *soft power* se enfoque en lo intangible. Mientras que el poder “duro”, persigue la defensa, el poder “blando”, sirve para prevenirla. EE. UU. es el actor perfecto para entender la definición de Nye. Hemos conocido la cultura americana desde niños, bien sea a través de películas, música o libros, y se nos ha vendido como una ideología atractiva, de la que queremos formar parte. Toda película americana de la Guerra Fría que se precie estereotipará a los rusos como personas serias, y poco bondadosas, mientras que ellos mismos se presentarán como libertadores e impulsores de la paz y la democracia, cuando todos sabemos que no todo es blanco o negro.

Habiendo asimilado la cultura americana desde tan temprana edad, se ha formado en nosotros un instinto para distinguir qué es el bien y qué es el mal, y por ello asumimos directamente que toda acción de EE. UU. irá encaminada al bien mundial y a lograr el bienestar (Nye, 1990). Es un error de concepto pensar que los conceptos culturales inculcados en nosotros no nublan nuestra visión ni nos hacen justificar ciertas acciones y condenar otras.

El poder del *soft power* es mucho mayor que el del *hard power*, dado que el primero se convierte en algo innato al ser humano, en función de la cultura que le haya tocado asimilar, y es por ello tan difícil distanciarse de él. El poder duro es tangible, pero el poder blando es invisible a los ojos, lo asumimos, aunque no queramos, o, aunque no sepamos, que lo estamos asumiendo.

5. Análisis y discusión

5.1 Integración de estereotipos musulmanes en la sociedad occidental

En el siguiente apartado, se analizará el origen, fundamento y resultado de los estereotipos, utilizando como apoyo el caso de *Muhammad Cartoons* en Dinamarca, cuya repercusión en la prensa internacional, movilizó a las poblaciones musulmanas de todo el mundo. Finalmente, se analizarán los mitos sobre los estereotipos más comunes, tratando de aclarar la realidad detrás de estas presuntas verdades.

- **Origen de la creación de los estereotipos**

La creación de estereotipos se clasifica en función de dos criterios, por un lado, cómo percibimos al “otro”, bien sea como aliado o como amenaza, y, por otro lado, la competencia de estos individuos, es decir, sus niveles de inteligencia, habilidades y creatividad (Sides y Gross, 2013).

En el caso de los estereotipos orientalistas hacia la comunidad musulmana, ambos criterios puntúan de manera negativa. Es decir, las sociedades de occidente, no conciben a la comunidad musulmana como aliada, ni consideran que los objetivos de ambos sean compatibles, porque las competencias de ambos grupos difieren entre sí.

La prensa europea y americana, se ha encargado de perfilar una versión negativa sobre las comunidades musulmanas. La publicación de noticias con un tinte mayoritariamente negativo, incluyendo palabras como islamización, terrorismo, crisis, etc., no ha hecho más que reforzar en el pensamiento de los occidentales todo aquello que ya percibían de estas comunidades. El mes previo a los ataques del 11 de septiembre, más del 30% de los artículos de periódicos y revistas estadounidenses, mostraban un perfil negativo de las comunidades musulmanas en el país (Sides y Gross, 2013). Es por ello, por lo que el primer criterio estereotípico, que es el sentimiento hacia ellos, tiende más hacia la amenaza que hacia la alianza, esto se reforzará aún más después de los ataques del 11-S.

En lo que respecta al segundo criterio; las competencias, la creación de un estereotipo negativo no se percibe tan claramente. Existen dos maneras de retratar a los musulmanes en la cultura occidental. Por un lado, están aquellos que tratan de mostrarlos como incompetentes, con menores capacidades, o como seres menos racionales que los occidentales. Se retrata una imagen de personas que no pertenecen al mundo intelectual, en ocasiones incluso como “vagas”. Se justifican en el comportamiento de los extremistas para demostrar la irracionalidad de la religión islámica (Sides y Gross, 2013).

Si bien el primero es el caso más común, una segunda vertiente, retrata a los musulmanes como iguales. En ciertas ocasiones, si bien son considerados los “villanos”, se les suele representar con el estereotipo de jeques, lo cual indica ya cierto nivel de

riqueza y estatus. En este caso, no son considerados inferiores, sino que si bien tienen valores que confrontan a los de occidente, sus competencias no infravaloradas (Sides y Gross, 2013). Es por ello, que el estereotipo principal que se genera contra los musulmanes, no es tanto en cuanto a su capacidad u habilidad, sino más bien un estereotipo de miedo y rechazo hacia su cultura y su religión, que es considerada como antagónica para occidente (Sides y Gross, 2013).

Los medios de comunicación occidentales son la principal fuente de la que se nutren estos estereotipos. La televisión, prensa y radio en Europa y occidente en general, han sido siempre muy selectivos con el contenido que querían mostrar. Es por ello que hablamos de la realidad de los medios de comunicación, no de una realidad objetiva. De acuerdo a la investigación de Sutkute (2019), los medios de comunicación masivos han fomentado lo que se conoce como neo-orientalismo, es decir, han explotado esta visión de Oriente Medio como el “otro”, a un nivel global.

El retrato del pueblo árabe y musulmán como un ente único enfrentado a Occidente, ha servido para reforzar el modelo político y económico colonialista en la región. Los medios han sido el generador principal de esta islamofobia, que es sinónimo del neo-orientalismo. El análisis selectivo de los titulares, y de las noticias que sirven a los intereses de occidente, han dado forma a este nuevo fenómeno (Sutkute, 2019). Por ejemplo, mientras que numerosos científicos, intelectuales y políticos condenaron los ataques del 11-S, e incitaron a la resolución política, sus voces fueron transformadas hacia las de la invocación a una “guerra contra el terror”.

El poder de los medios no puede ser infravalorado, pese a que existan corrientes distintas, el tinte neo-orientalista se puede apreciar en todos ellos, en mayor o menor medida, sin importar que su tendencia sea más izquierdista o derechista (Sutkute, 2019).

- **Escándalo de *Muhammad cartoons***

En 2005, el periódico danés Jyllands-Posten, publicó una serie de caricaturas en las que se representaba al profeta Mahoma. En la religión islámica, se considera una blasfemia ilustrar al profeta en cualquier tipo de forma, de ahí que las comunidades

islámicas de todo el mundo se reuniesen en contra de la publicación danesa (Sutkute, 2019).

Los medios europeos republicaron las caricaturas, en defensa de la libertad de expresión y de prensa, justificándose en que no se trata de una cuestión de islamofobia. Manifestantes musulmanes se alzaron contra la prensa danesa, quemando banderas, boicoteando productos daneses, etc. Todo ello fue aprovechado por el gobierno para condenar los ataques, y enfatizar una vez más el estereotipo negativo de los musulmanes en la sociedad.

Un análisis recogido en Sutkute (2019), demuestra cuáles son las palabras más repetidas cuando se busca en internet: *Muhammad cartoons*. El resultado es que en más de 1062 publicaciones, de las cuales 245 fueron analizadas, se encontró que los cuatro términos más repetidos fueron: Islamismo/terrorismo, violencia, valores diferentes y libertad de expresión. Asimismo, la gran mayoría de artículos hacía uso de la dicotomía entre el “nosotros” y “ellos”, entendiendo que occidente es la sociedad más avanzada, en la que no hay reprimendas contra la libertad de expresión, aun cuando se trata de la figura más relevante de la religión predominante en el Oriente.

Pese al escándalo que supuso para las relaciones internacionales de Dinamarca, la realidad, es que sirvió para enfatizar lo que venían diciendo desde el inicio de la guerra contra el terror en 2001 (Sutkute, 2019). Las comunidades islámicas en Europa han quedado atrasadas, no son capaces de entender el derecho a la libertad de expresión, y es por ello que recurren a métodos violentos para oponerse a los gobiernos que los han acogido.

Entendemos, a raíz de este ejemplo, que el poder de la prensa es capaz de darle la vuelta a los argumentos de manera que jueguen a su favor en cualquiera de los casos. Los medios occidentales son los que se toman como referencia, y es por ello que hay que tratar de no centrar el foco solo en ellos, sino ver las dos partes de la historia, y cómo se cuenta esta en el mundo oriental.

- **Mitos sobre los estereotipos musulmanes**

Tras analizar el origen y las consecuencias de los estereotipos hacia los creyentes musulmanes, procedemos a destacar cuáles son los más comunes en las sociedades occidentales, y cómo se proyectan en la misma.

- a. Todos los musulmanes están en contra de quienes no creen en el islam y piensan que nuestras diferencias culturales son insuperables: la realidad es muy distinta a la creencia común. Las sociedades musulmanas han tendido a ser más respetuosas con las culturas cristianas y judías que occidente. Oriente Medio tiene tras de sí una larga historia de crisol cultural, como punto de encuentro de comerciantes de todas las culturas y regiones del mundo (Gallardo, 2021).

Mientras que sí existe disonancia hacia la política exterior de Occidente, especialmente de EE.UU., esto está más relacionado con el aspecto político que religioso. Si bien es cierto que hay un cierto rechazo hacia la invasión cultural occidental, hay numerosos aspectos que los musulmanes integran o desearían integrar a sus culturas, en especial los avances tecnológicos.

- b. Todos los musulmanes son fanáticos extremistas: esta es una de las acepciones más extendida en el mundo occidental (Cevallos, 2018). Si bien es cierto que se ha enfatizado en el pequeño porcentaje radical de la religión, la realidad, es que este sector existe también en el cristianismo y el judaísmo. Pese a que sus prácticas religiosas pueden no ser similares a las judeocristianas, no son por ello fanáticos, sino que tienen tal solo tienen una forma distinta de interpretar los sacramentos y los textos sagrados (Gallardo, 2021).
- c. El islam es violento: en relación con el punto anterior, la religión islámica en su conjunto es considerada anticuada, violenta y fanática. El porcentaje de islamistas, que ha provocado miedo en las sociedades occidentales, ha contaminado la visión hacia cualquier musulmán común, que como persona racional condena la violencia y el abuso (Mashuri y Zaduqisti, 2019).

- d. Los musulmanes son extranjeros incapaces de adaptarse a la cultura occidental: este es quizás el estereotipo más real de todos los mencionados. La cultura islámica y la cultura occidental, tienen puntos de disonancia que no son capaces de unificarse. Es cierto que los musulmanes pueden integrarse dentro de la sociedad europea o americana, en el mundo laboral y social, si bien, sus tradiciones y cultural, no se compaginan con las de estos (Gallardo, 2021).

Las raíces judeocristianas, que fortalecen la identidad nacional, no son integrables con las tradiciones del islam, al igual que ocurriría lo mismo en el caso de un occidental en Oriente. Se trata de una cuestión de integración, pero teniendo en cuenta los límites hasta los que se puede llegar.

- **Estereotipos y su aplicación en organizaciones internacionales occidentales – Caso de Turquía y la OTAN**

Para poner fin a este apartado de la integración de los estereotipos musulmanes en occidente, será relevante tomar el caso de Turquía y su participación en la OTAN, una organización occidental que promueve los valores de la democracia y la libertad, tal como indica su actual secretario general, Jens Stoltenberg (Castro, 2022).

El papel de Turquía en la Organización del Tratado del Atlántico Norte ha sido fundamental desde su adhesión a la misma en 1952 (Demircan, 2019). Su participación en la Alianza supone un importante puente geopolítico entre las naciones occidentales, y Oriente Medio. Desde la creación de la república laica bajo Atatürk, las potencias principales del grupo, principalmente EE. UU., han podido contar con este aliado en una de las regiones más conflictivas del planeta. La entrada de Turquía en el grupo suponía un alejamiento de sus vecinos rusos, a la par que permitía tener un mediador. Era conveniente tener a un estado de mayoría musulmana, pero con principios occidentales entre sus miembros, a esto hay que añadirle también el factor del tamaño de su ejército, el segundo, solo por detrás de Estados Unidos (Martos, 2020).

Si bien la participación de Turquía es estratégicamente fundamental, existen ciertos cuestionamientos con algunas de sus decisiones, especialmente durante el último lustro. Hubo miembros que criticaron las operaciones terroristas que llevó a cabo el

ejército turco en la lucha antiterrorista en Siria en octubre de 2019, entre ellos el presidente francés Macron (Demircan, 2019). Del mismo modo, sus acercamientos a Vladimir Putin, han hecho saltar las alarmas en el seno de la organización. Este doble interés del país, es mirado con recelo por la OTAN, dado que supone no poder confiar plenamente en este miembro.

Turquía siempre trató de mantenerse en una posición neutral, de manera que pudiese aprovecharse al máximo de su posición geopolítica. Un ejemplo fue su negativa a participar en la invasión de Irak iniciada por Bush en 2003 (Martos, 2020). Esto le bastó para ganarse la confianza de otros estados de la región de Oriente Medio. Turquía ha mostrado en los últimos años enfriamiento en sus relaciones con Israel, al que acusan de ser foco conflictivo en la región. A ello se le suma sus tensiones constantes con Grecia en el territorio de Chipre, y sus tensiones con la Unión Europea ya comentadas (Martos, 2020). Todo ello muestra una imagen de heterogeneidad que la OTAN no se puede permitir, dado que le hace parecer débil, y además dificulta la toma de decisiones por consenso.

La organización transatlántica se encuentra en crisis, porque a pesar de compartir valores comunes, la realidad es que las actuaciones y visiones de sus miembros son sustancialmente distintas. La estructura unipolar del mundo dejó de existir hace décadas, lo que ha limitado la importancia e imprescindibilidad de la Organización para los estados cercanos a la URSS, como es Turquía. Es por ello que las tensiones y los conflictos son cada vez más irremediables, porque a falta de un enemigo común, aparecen las heterogeneidades políticas y culturales de sus los participantes (Vilanova, 2005).

5.2. Transformación de las políticas de seguridad de Occidente tras el 11-S

Los acontecimientos ocurridos el 11 de septiembre 2001 en Estados Unidos, marcaron un antes y un después en la forma de ejercer la política de seguridad por parte de los estados de Occidente.

Pese a la creencia común de que fue a raíz de esa fecha cuando la agenda de seguridad internacional cambió y las medidas de seguridad se intensificaron, la realidad es que se habían aprobado leyes antiterroristas en los años previos al suceso. El Reino

Unido aprobó, en el año 2000, una ley antiterrorista coercitiva sin precedentes. Asimismo, ya en 1997, los futuros integrantes del gobierno de G.W. Bush, publicaron lo que se conoció como el “Proyecto para el nuevo siglo estadounidense”, que instaba a los Estados Unidos a reinstaurar un nuevo período de hegemonía global, siendo la lucha antiterrorista el eje principal de actuación (Palomo, 2016). En los años posteriores a los acontecimientos, la estrategia de seguridad dio un giro 360° a nivel mundial, todo occidente comenzó a seguir los pasos del gran hegemón, que iban dirigidos a impedir que nadie volviese a amenazar la seguridad nacional de los EE.UU.

La ley Patriot, aprobada en 2001, fue una de las más duras con respecto a represión de derechos de los ciudadanos, en concreto, cinco de las diez enmiendas de la Constitución estadounidense, se vieron afectadas: “la libertad de expresión y reunión, la protección frente a registro y detenciones arbitrarias, el respeto de las garantías legales, el derecho a juicio público y la protección frente a castigos crueles e inusuales” (Palomo, 2016, p. 945). Asimismo, la ambigüedad de la definición de terrorismo, permitía encasillar cualquier tipo de actividad mínimamente sospechosa dentro de esta categoría.

Posteriormente, en 2002, se aprobó la ley “Homeland Security”, que establecía el derecho del Departamento de Seguridad Nacional de recabar todo tipo de información personal de los ciudadanos, incluso el acceso a sus correos electrónicos (Palomo, 2016). El resto de gobiernos, bajo la influencia americana, tomaron medidas similares, respaldadas por los medios de comunicación, y aprobadas prácticamente sin debate público debido a la sensación de miedo que caló profundamente en las sociedades de occidente.

Pero la cuestión, no quedó relegada solo a los estados de Occidente, sino que fue elevada ante la ONU. En los años previos al ataque, los esfuerzos de la Organización habían estado centrados en el crimen organizado, principalmente, por el narcotráfico que dominaba los flujos de intercambio entre los estados del norte y sur global. A raíz del 11-S, la prioridad pasó a ser la lucha antiterrorista sin precedentes (Palomo, 2016).

El problema que surgió en el seno de la organización, fue que no se pudo imponer una política coercitiva como había ocurrido en EE.UU y Europa, dado que los estados miembros no se ponían de acuerdo en una definición concreta de terrorismo. Es evidente,

que las agendas de cada uno eran distintas, y no podían unificarse como había ocurrido entre los miembros de la OTAN. ¿Cómo distinguir entre terrorismo y lucha de autodeterminación de los pueblos aún colonizados?

Este rompecabezas no logró resolverse en los años posteriores al ataque. Sin embargo, la incesante presión de Washington por incrementar la lucha contra el terrorismo, derivó en que el consejo de Seguridad adoptase un papel prácticamente constante en esta materia. Esto causó polémica entre los estados miembros, dado que el Consejo solo debe ser activado ante situaciones circunstanciales y temporales, no como organismo permanente. A esto hay que sumarle el hecho de que las necesidades de EE.UU pasasen a dominar la agenda de la Organización. Uno de los mayores sucesos controvertidos fue la creación de las “sanciones inteligentes”, dirigidas contra personas, no contra estados. Y para sorpresa de nadie, todos los recursos fueron dirigidos a la lucha contra Bin Laden y sus aliados (Palomo, 2016).

El sistema internacional se vio enormemente afectado, al derivar de un entrono de alianzas multilaterales, a un unilateralismo dominado por Estados Unidos. La Casa Blanca, puso en marcha un programa de acción contra los estados incluidos dentro del eje del mal, en concreto dos de la región de Oriente Medio: Afganistán, e Irak (Palomo, 2016). En el primer caso, su intervención en el territorio fue aprobada por la ONU en 2002, y por ende, fue legal. Sin embargo, su trasfondo quizá no fuese del todo legítimo, dado que ni Bin Laden ni ninguno de los terroristas participantes en el ataque del 11-S eran de origen afgano, a pesar de que la organización a la que pertenecían si lo fuese, pero esto es un tema de debate aparte.

Por otro lado, la invasión de Irak, un año después, no fue una intervención legal, sino más bien una guerra preventiva. Esta acción reforzó el marco de las alianzas de seguridad, siendo la más relevante la OTAN para los EE.UU. El realismo volvió a dominar las relaciones internacionales, al menos en lo que a política exterior se refiere (Palomo, 2016).

○ **War on Terror- las consecuencias sociales sobre la población musulmana.**

La creación de un sistema hermético de seguridad en occidente, no solo afectó a las relaciones diplomáticas, y económicas con los estados de la región de Oriente Medio. En gran parte, la ira de los estados occidentales se descargó sobre los propios habitantes de procedencia oriental, englobándolos dentro del marco de terroristas islamistas.

La gran novedad que supuso el 11S, fue que evidenció que el mundo globalizado era una nueva amenaza, ¿a quién?, a los estados que hasta el momento habían sido los más fuertes. A medida que las fronteras se vuelven borrosas, y la globalización domina el panorama internacional, los estados más abiertos, son también los más vulnerables. La red extensiva, y la disolución de las fronteras, simplifican las amenazas, o al menos este fue el discurso que transmitió el presidente Bush tras los ataques del 11S (Hatem, 2003).

El discurso, que siguió a los acontecimientos, tuvo un claro tinte orientalista, que una vez más enfatizaba la brecha imaginaria entre “nosotros” y “ellos”. Las palabras de George Bush, a lo largo de su presidencia, fueron claras y rotundas, EE.UU, cuna de valores y la libertad, había sufrido un avance de una fuerza inferior, a la que había que derrotar. Sus discursos eran incluso proféticos, en todos ellos, el enemigo era el “mal”, y América era la encargada de restaurar la moral de Dios (evidentemente el cristiano), en el mundo (Hatem, 2003). El poder de las palabras del gobierno de Bush, logró incluso restaurar la confianza de los estadounidenses, y de todo Occidente en ese sentido. De las cenizas renacería entonces el espíritu de la libertad, para derrotar a un enemigo común. La superioridad de EE.UU., sería demostrada ganando esta guerra, defendiendo la moral del “bien”, contra el “mal”.

Incluso en el mundo globalizado en el que se produjo esta guerra, el razonamiento seguía siendo el mismo que se había empleado hace siglos en las reconquistas europeas. Bush retrató el conflicto como una cruzada, en contra de “ellos”, evidenciando las grandes diferencias culturales de los estados retrógrados de Oriente Medio, y queriendo enfatizar que estas no tienen cabida en el mundo occidental (Hatem, 2003). El discurso de Bush fue propagado por los medios, en especial por los religiosos. El locutor cristiano Pat Robertson, no era capaz de concebir una guerra en la que los musulmanes luchasen contra

el terrorismo, para el Islam era un ente homogéneo, inseparable, y contrario en todo caso a la pacífica doctrina cristiana americana (Hatem, 2003).

La guerra contra el terror no era más que el modo dramático de denominar a una continuada dominancia de EE. UU. en el sistema mundial. Su hegemonía había sido cuestionada, pero esto podía ser revertido. La manera que se eligió para hacerlo fue la más convincente, generando miedo y rencor en los ciudadanos americanos, y de los estados aliados. El contraste entre el bien: la libertad, la tolerancia, el progreso y el pluralismo, y el mal: el autoritarismo, el retraso y la restricción, es la forma más efectiva de condicionar a los ciudadanos (Hatem, 2003). Hay dos lados, blanco o negro, pero el gris entre medias no existe. Es curioso, cómo se enfatizaba la tolerancia y el respeto por todas las religiones e identidades, a la vez que se actuaba para generar un enfrentamiento cultural entre “nosotros” y “ellos”.

Los reportes sobre las muertes en Afganistán, a penas se mencionaban, no era de interés que se conociese la muerte de civiles, porque al fin y al cabo, el fin justifica los medios, o al menos es así como trató de retratarse para no ser criticados por la sociedad civil. Dentro del propio estado también hubo movimientos que mostraban el lado oscuro de la moneda (Hatem, 2003). Pese a que Bush apareció en numerosas ocasiones para defender que la religión islámica y el fanatismo no van de la mano, y que no todo musulmán es radical, sus acciones iban encaminadas en otra dirección. Múltiples árabes, o musulmanes americanos fueron detenidos injustamente, algunos incluso deportados. El enemigo tenía una cara, y era la de cualquier persona relacionada con la religión musulmana, bien por su fe, o por su origen.

La cuestión del género y el papel de la mujer también fue un asunto de debate entre los estados occidentales. Se empleó de nuevo la narrativa de la liberación de la mujer de la sociedad patriarcal de los talibanes, para justificar, la invasión y la lucha contra el “bien” y el “mal”. Es evidente que las mujeres estaban siendo oprimidas en el régimen talibán, pero no fue un acto de buena fe el actuar en su defensa, sino una manera más de justificarse ante la sociedad, y de demostrar, que una mujer occidental es claramente superior a una mujer velada y oprimida por su religión. Se acuñó el término feminismo orientalista, para describir la actitud de las mujeres occidentales hacia las musulmanas y árabes (Hatem, 2003). El uso del feminismo como arma en la “war on terror” fue

inteligente, dado que eran las mujeres las que más opiniones negativas mostraban contra la discriminación ejercida hacia los grupos árabes y musulmanes. El *hiyab* se convirtió en una prenda peligrosa, porque convertía a las mujeres en foco de atención, y frecuentemente de rechazo. Muchas de ellas decidieron dejar de portarlo por miedo, demostrando así cómo de profundo había calado el rechazo hacia este grupo de la población.

La “war on terror”, se convirtió en el primer conflicto globalizado en el mundo moderno entre Occidente y Oriente. El antiguo discurso orientalista se reinventó con este toque de la globalización, convirtiendo la guerra en un conflicto sin fronteras, donde todos los ámbitos eran susceptible de ataque (Hattem, 2003). Todos los intereses, bien fuesen políticos, económicos o sociales, eran justificables, porque el “mal” no tenía fronteras, y por ende podría ser combatido desde distintos ángulos.

Las prácticas democráticas se vieron seriamente afectadas, la misión del presidente Bush se convirtió en hermetizar el país de forma que ningún ataque similar volviese a llevarse a cabo. En ese período, a población árabe y musulmán de los EE.UU. se convirtió en el chivo expiatorio, siendo víctima de más de 400 incidentes violentos, en tan solo 6 semanas después de los acontecimientos del 11-S (Hattem, 2003). Mientras que en el año 2000 se habían recogido tan solo 33 crímenes de odio contra este segmento de la población, para finales de 2001, el número multiplicado por siete (Hattem, 2003).

El Departamento de Justicia y otros organismos de autoridad comenzaron a crear un nuevo perfil racial, que se situase a la par del de los afroamericanos y latinos. Los musulmanes, árabes, y cualquier otra persona procedente de Oriente Medio, era clasificada bajo esta categoría, lo cual implicaba convertirse en un foco latente de amenaza terrorista. En enero de 2002, el FBI reconoció tener bajo custodia a más de 700 personas que encajaban en el perfil (Hattem, 2003).

El rechazo y la discriminación, se extendió también al ámbito laboral de las personas, llegando a presentarse más de 160 quejas de discriminación ilegal por parte de empleados musulmanes o árabes, desde septiembre hasta diciembre de 2001, más del doble que el año previo. La actitud de los americanos era clara, “o estás con nosotros, o estás en contra”. Los periodistas árabes, que mostraban su opinión crítica pero

fundamentada sobre el origen de los hechos, y qué había llevado a producirlos, fueron profanados y acusados de terroristas, solo quienes compartían la narrativa americana eran tolerados (Hatem, 2003).

La restricción de derechos y libertades, y la discriminación hacia un perfil racial concreto, mostró una nueva incongruencia en la “war on terror”. Antes de los acontecimientos, EE. UU. había mostrado su doctrina liberal, apostar por la globalización y la colaboración entre estados en un contexto democrático, a partir de septiembre de 2001, todo ello pareció haberse olvidado (Hatem, 2003). Donde antes se había luchado por la liberación de regímenes autoritarios y dictatoriales, ahora incluso se prefería la permanencia de estos, porque la democratización al fin y al cabo implica libertad y menos control sobre la población, y en esos momentos no era prioritaria, más bien era contra productiva.

5.3. La nueva política de seguridad de Occidente hacia Oriente Medio – el “soft power” en el foco

Si bien la lucha contra el terrorismo ha requerido siempre de ejércitos y operaciones militares en Oriente Medio, los medios más controvertidos han sido puestos en duda, y han llevado a una nueva perspectiva de actuación en la que el “soft power” de Nye se ha llevado a la práctica en esta materia también.

Comentábamos, que los estados utilizan su influencia para generar una cierta imagen hacia el exterior, siendo EE. UU, el referente en este aspecto. Democracia y libertad son los dos valores con los que estos quieren ser identificados, y por lo que cambiaron su estrategia de actuación vista que su imagen se estaba deteriorando a raíz del 11-S. Arteaga (2011), establece, que visto que el terrorismo nace en contraposición a la democracia y al respeto, se iniciaron medidas para prevenir la influencia en las sociedades occidentales, y fomentar el diálogo con los estados responsables en Oriente Medio.

Hablamos de iniciativas como “el Gran Oriente Medio”, que surgió en 2004 durante le gobierno de Bush, para referirse a los nuevos desafíos y enfoque en la región. También incluimos la propuesta (aunque fallida) de la Alianza de las Civilizaciones, iniciada por Rodríguez Zapatero ante la ONU en 2004, cuyo planteamiento era iniciar

una lucha antiterrorista desde una perspectiva no-militar en Oriente Medio (Arteaga, 2011). La Conferencia Alemana del Islam, del año 2006, y celebrada anualmente desde entonces, como centro de diálogo principal entre el estado alemán y sus habitantes musulmanes, es otro de los resultados del poder blando en la lucha contra el terrorismo islámico que aterra a occidente desde hace décadas (Aranda, 2006).

Pese a que el planteamiento que hay detrás del poder blando, pueda ser positivo, dado que busca acabar con esa sensación de inseguridad y restricción constante que sufrieron las sociedades occidentales tras el 11-S, y busca aproximarse hacia la cultura oriental de manera pacífica y respetuosa, los resultados tampoco han sido los esperados. De acuerdo al teórico detrás de la teoría del poder blando, este nunca atraerá a los radicales como Bin Laden, que actúan con una mentalidad cortoplacista y con el fin de hacer el máximo daño en el menor tiempo posible. Los gobiernos occidentales han preferido la acción militar preventiva, porque es más rápida y eficiente en el corto plazo, mientras que el *soft power*, es una estrategia que conlleva su tiempo, y cuyos efectos no pueden verse a simple vista (Arteaga, 2011).

La imagen que Occidente se ha pasado años puliendo, es cada vez más difícil de mantener. El motivo principal es que la globalización ha permitido la democratización de los medios de comunicación (Aragón, 2013), es decir, cualquier tiene acceso a ellos, y las limitaciones son pocas. Los extremistas islámicos se han adaptado a la nueva tecnologías, y la han usado a su favor, para lavar la imagen de occidente y poner a los ciudadanos en su contra. Los medios de comunicación ya no son un monopolio que el gobierno pueda usar para demostrar solo un lado de los hechos, sino que ahora todo el mundo tiene acceso a compartir su propia visión (Arteaga, 2011). Por un lado, cambian los dominios de poder, pero la realidad, es que los estereotipos y las visiones siguen siendo las mismas, y siguen justificando ciertas actuaciones o la falta de ellas en los estados de Oriente Medio.

6. Conclusiones

El análisis evidencia que la ideología orientalista narrada por Said en su obra de 1978, sigue siendo un fenómeno actual en occidente. La ideología de superioridad de EE.UU y sus aliados, sigue primando en el ejercicio de las relaciones internacionales hacia la región de Oriente Medio.

Se ha empleado el constructivismo para generar una disociación entre “nosotros” y “ellos”, que ha derivado en la creación de unos estereotipos que sean capaces de justificar la superioridad de los valores de la democracia y la libertad, frente a una cultura atrasada y retrógrada, dominada por la religión islámica. Occidente, que predica ser la cuna del laicismo y de la modernidad, ha reducido a una región entera a un único aspecto: la religión. Sin importar las heterogeneidades existentes, todo árabe ha sido catalogado como musulmán y viceversa.

Las potencias occidentales, dominadas por EE.UU, se han apropiado de la historia que es contada sobre la región. El uso del *soft power* para crear estas supuestas diferencias irreconciliables, ha servido para dar fe de la creencia de que las civilizaciones no puede convivir, como ya indicaba Samuel Huntington en su obra “*Clash of Civilizations*”. Las diferencias culturales son en las causantes de la mayoría de conflictos entre las potencias. Ya no es el realismo la teoría dominante, sino que ahora lo es la identidad de los pueblos y sus características culturales, que en algunos casos, impiden, o más bien limitan cualquier otro tipo de alianza, séase el conflicto entre Turquía y la UE.

Es sin duda un punto fundamental de inflexión en nuestra investigación, el ataque del 11-S sobre estados unidos por parte de los islamistas radicales. Occidente cambió por completo su estrategia de seguridad, recurriendo al aislamiento y a la guerra preventiva, y liberando sus miedos sobre la población musulmana que habita en sus territorios. La “guerra contra el terror” iniciada por el presidente Bush en el año 2001, generó descontento entre la población occidental, que vio reducidas sus libertades, y fue partícipe a la par que cómplice sobre la discriminación que sufrieron sus compatriotas árabes, o musulmanes, considerando que eran incluidos en el mismo grupo de “enemigos”.

Los avances hacia un enfoque más amigable, que volviese a centrar el foco en el *soft power*, y a lograr un entendimiento entre dos culturas que parecen irreconciliables, tampoco dio sus frutos, y por lo que parece, no parece que vaya a ser la panacea a los problemas de occidente con sus vecinos de Oriente Medio.

- **Futuro de la población musulmana en occidente**

Para poner fin a este trabajo, hemos de plantearnos cuál será el futuro de la población musulmana en nuestro continente. El estudio llevado a cabo por Pew Research Center (2016), estableció tres escenarios en función de los flujos migratorios, que determinarían el incremento de la población musulmana hasta 2050 en Europa. Considerando el caso en el que no hubiese ningún tipo de inmigración hasta la fecha, el porcentaje de población musulmana incrementaría en 2,4%. Si el flujo migratorio fuese “medio”, el porcentaje de población musulmana alcanzaría el 11,2% del total, y si el flujo fuese alto, este se elevaría hasta un 14% de total, siendo casi un triple del porcentaje actual.

La realidad es que las mujeres musulmanas tienen de media más hijos que las europeas no musulmanas, y es por ello que este número crecerá. No se trata de un problema demográfico, porque en todo caso, Europa necesita población joven, el problema viene cuando esta no sea capaz de integrarse, o se sienta discriminada ante una sociedad que no los acoge. El islam sigue siendo percibido como “extranjero”, como una religión que trae consigo una cultura invasora y no aceptable en la Europa laica (Andujar, 2008).

Los musulmanes de “segunda generación”, es decir, aquellos que nacen como ciudadanos europeos, pero cuya cultura sigue siendo la musulmana, puesto que es la que han aprendido en casa, son quienes más difícil lo tienen. Por un lado, tratan de encajar en la sociedad, y formar parte de ella, porque al fin y al cabo, son españoles, franceses, alemanes, americanos, etc., pero, por otro lado, quieren demostrar y vivir también su fe en el islam.

Europa no está lista para ello, pese a predicar libertad y acogida, cosa que es verdad, y que hace mejor y en mayor proporción que cualquier otra región del espacio occidental (Andujar, 2008). Dar valor a la religión, y ponerla en el foco de la esfera pública, choca con el modelo nacional de los estados europeos, dominados por la UE como organización supranacional a todos ellos. Los musulmanes tienen la libertad de practicar su religión, pero no demasiado abiertamente, porque en el momento en el que aparece un velo en un aula, se les acusa de radicales. Entonces existe aquí una

contradicción irresoluble a la que aún no hemos conseguido dar solución, y que seguirá dominando nuestras políticas y actuaciones hacia los musulmanes europeos, y hacia sus estados de origen en Oriente Medio.

7. **Bibliografía**

Abu-warda, N. (2020). La política de la Unión Europea en Oriente Medio, historia y actualidad. *Revista Iberoamericana de Filosofía, Política, Humanidades y Relaciones Internacionales*.(45), 499-526. Recuperado de:
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7695868.pdf>

Anduyar, N. (2008). El papel de los jóvenes musulmanes en la transformación del Islam. *Revista de estudios de la juventud*, (80), 61-75. Recuperado de:
<https://www.injuve.es/sites/default/files/revista-80-capitulo-4.pdf>

Aragon, A. H. (2013). Redes sociales: ¿el inicio de una revolución democratizadora? *Revista IIDH*(58), 21-34. Recuperado de:
<https://biblioteca.corteidh.or.cr/tablas/r32364.pdf>

Aranda, R. (27 de septiembre de 2006). Promover la integración, objetivo de la primera conferencia del Islam en Alemania. *Europa Press*. Recuperado de:
<https://www.europapress.es/internacional/noticia-alemania-promover-integracion-objetivo-primera-conferencia-islam-alemania-20060927152810.html>

Arteaga Martin, F. (2011). Una década de cambios en la seguridad tras el 11-S: de la globalización a la glocalización. *Boletín Elcano*(139), 7. Recuperado de:
<https://www.realinstitutoelcano.org/analisis/una-decada-de-cambios-en-la-seguridad-tras-el-11-s-de-la-globalizacion-a-la-glocalizacion-ari/>

Canto Ortiz, J. M., & Moral Toranzo, F. (2005). La Teoría de la Identidad Social: una síntesis crítica de sus fundamentos, evidencias y controversias. *Escritos de Psicología*, 7, 59-70. Recuperado de:
https://www.academia.edu/1507415/EL_SI_MISMO_DESDE_LA_TEOR%C3%8DA_DE_LA_IDENTIDAD_SOCIAL

Carrel, P. (4 de September de 2017). Germany seeks to take heat out of Turkey EU accession question. *Reuters*. Recuperado de: <https://www.reuters.com/article/us-germany-turkey-eu-idUSKCN1BF14U>

- Castro, A. d. (2022). La OTAN y Oriente Medio en 2050: la tenue sombra de un recuerdo. *Instituto de Política Internacional UFV Madrid*(10). Recuperado de: <https://ipi-ufv.com/cumbre-otan-madrid-oriente-medio-2050/>
- Cervera, R. C. (2010). Las relaciones internacionales culturales entre el Islam y Occidente. *Encuentro de civilizaciones y libertad de expresión*, 127-156.
- Cevallos Pérez, L. D. (2018). *La seguridad internacional desde una perspectiva constructivista y orientalista*. Universidad de San Ignacio del Loyola, Perú.: [Tesis de bachiller]. Recuperado de: <https://repositorio.usil.edu.pe/entities/publication/471b1fbf-a4f4-444e-bc11-5c2feaac287b>
- Demircan, D. (4 de diciembre de 2019). Turquía: miembro fundamental para la alianza de la OTAN durante 67 años. *Agencia Anadolu*. Recuperado de: <https://www.aa.com.tr/es/mundo/turqu%C3%ADa-miembro-fundamental-para-la-alianza-de-la-otan-durante-67-a%C3%B1os/1663985>
- Fernández Castillo, A. (2005). Multiculturalidad en Contextos Educativos y de Desarrollo: Relevancia de Variables Psicosociales. *Revista Electrónica de Investigación Psicoeducativa y Psicopedagógica.*, 3(1), 181-204. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/2931/293121926011.pdf>
- Gallardo Ferrer, X. (20 de Diciembre de 2021). Los cinco pilares de la islamofobia. *Público*. Recuperado de: <https://blogs.publico.es/otrasmiradas/54813/los-cinco-pilares-de-la-islamofobia/>
- Ginzo, A. (2005). En torno a la concepción hegeliana de Europa. *Logos. Anales del Seminario de Metafísica*, 38, 29-61. Recuperado de: <https://revistas.ucm.es/index.php/ASEM/article/view/ASEM0505110029A>
- Grosfoguel, R. (2012). The multiple faces of Islamophobia. *Islamophobia Studies Journal*, 1(1), 9-33. Recuperado de: https://issuu.com/crg.berkeley/docs/isj_fall2012_vol1_no1_crg_copy
- Hatem, M. F. (2003). Discourses on the "War on Terrorism" in the U.S. and its Views of the Arab, Muslim, and Gendered "Other". *The Arab Studies Journal*, 11(2), 77-97. Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/27933867>
- Huntington, S. P. (1993). The Clash of Civilizations? *Foreign Affairs*, 72(3), 22-49. Recuperado de: <https://doi.org/10.2307/20045621>
- Godino, D. G. (2021). Islamofobia: la construcción social de un prejuicio y su abordaje educativo. Revisión teórico-crítica y estado de la cuestión. *RES: Revista de*

- Educación Social*, (32), 307-327. Recuperado de: <https://eduso.net/res/wp-content/uploads/2021/04/res-32-david.pdf>
- Gómez García, Luz. (21 de septiembre de 2013). ¿Es Europa islamofoba? *AFKAR Ideas*(39). Recuperado de: <https://www.politicaexterior.com/articulo/es-europa-islamofoba/>
- Martos, Á. (2020). Turquía en la OTAN: claves de un futuro incierto. *Global affairs and strategic studies*. Recuperado de: <https://www.unav.edu/web/global-affairs/detalle/-/blogs/turquia-en-la-otan-claves-de-un-futuro-incierto>
- Mashuri, A., & Zaduqisti, E. (2019). Explaining Muslims' aggressive tendencies towards the West: The role of negative stereotypes, anger, perceived conflict and Islamic fundamentalism. *Psychology and Developing Societies*, 31(1), 56–87. Recuperado de: <https://journals.sagepub.com/doi/10.1177/0971333618819151>
- Nye, J. S. (1990). Soft Power. *Foreign Policy*(80), 153-171.
- Palomo Garrido, A. (2016). La lucha antiterrorista y el nuevo sistema de seguridad internacional tras el 11 de septiembre:¿ una consecuencia lógica?. *Foro Internacional*, 56(4), 941-976. Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/1148580>
- Pew Research Center. (29 de Mayo de 2018). Being Christian in Western Europe. *Pew Research*. Recuperado de: <https://www.pewresearch.org/religion/2018/05/29/being-christian-in-western-europe/>
- Pew Research Center. (29 de noviembre de 2017). Europe's Growing Muslim population. Pew Research Center. Recuperado de: <https://www.pewresearch.org/religion/2017/11/29/europes-growing-muslim-population/>
- Rodríguez Álvarez, G. (2015). Eurocentrismo y Relaciones Internacionales: reflexiones acerca de la decolonialidad de la disciplina. En W. Soto Acosta, *Ciencias Sociales y Relaciones Internacionales : nuevas perspectivas desde América Latina* (pág. 47.68). Recuperado de: <https://repositorio.una.ac.cr/bitstream/handle/11056/13508/Ciencias%20Sociales%20y%20Relaciones%20Internacionales%3a%20Nuevas%20perspectivas%20desde%20Am%c3%a9rica%20Latina.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Said, E. (1978). *Orientalismo*. Debolsillo.

- Serrano Caballero, E., & Navarrete Ortiz, P. (2011). Retos de la Adhesión de Turquía a la Unión Europea. *Desafíos*, 23(1), 97-141. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/3596/359633169004.pdf>
- Sides, J., & Gross, K. (29 de mayo de 2013). Stereotypes of muslims and support for the war on terror. *The journal of politics*, 75(3), 583-598. Recuperado de: <https://www.jstor.org/stable/10.1017/s0022381613000388>
- Sutkute, R. (2019). Media, stereotypes and muslim representation: world after jyllands-posten muhammad cartoons controversy. *Eureka: social and humanities*(6). Recuperado de: <https://journal.eu-jr.eu/social/article/view/1054/1040>
- Tah Ayala, E. (2018). Las Relaciones Internacionales desde la perspectiva social. La visión del Constructivismo para explicar la identidad nacional. *Revista Mexicana De Ciencias Políticas Y Sociales*, 63(233). Recuperado de: https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-19182018000200389
- Vilanova Trias, P. (2005). La crisis del vínculo transatlántico y la mutación del sistema político mundial. *Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado (UNED)*, 7-22. Recuperado de: <https://iugm.es/wp-content/uploads/2016/07/maquetacion-libro-La-crisis-del-v%C3%ADnculo2.pdf>
- Vitelli, M. (2014). Veinte años de constructivismo en relaciones internacionales. Del debate metateórico al desarrollo de investigaciones empíricas. Una perspectiva sin un marco de política exterior. *Revista POSTData: Revista de Reflexión y Análisis Político*, 19(1), 129-162. Recuperado de: <https://www.redalyc.org/pdf/522/52233951005.pdf>